

Ilustre Cántabro tendrá que mantenerse á la capa, porque no tiene ni una mala boca de fuego.

Las señales seguian, y la escuadra comenzaba á maniobrar formando la línea de combate.

El viento trajo hasta el capitan el toque de zafarrancho de combate.

—¡Doscientas mil centellas! zafarrancho, zafarrancho de combate! ahora sí fué de veras!.....

Y como un loco se dirigió casualmente al lugar en que estaba Pedro Juan escuchando.

—¡Ah!—exclamó al verle—sois vos, sois vos; con razon sucede todo esto, si estais aquí; habíais de hacer de mal ojo: voy á mandaros arrojar al mar ahora mismo.

Y se volvió para llamar á un marinero.

Pedro Juan comprendió que seria capaz en aquel momento de hacer lo que decia, y á pesar de su torpeza, se escurrió por una escotilla.

Cuando el capitan volvió el rostro á buscarle, habia desaparecido, y quizá hubiera seguido en su persecucion, si los cañonazos de señal no hubieran llamado su atencion.

—El enemigo ciñe á babor—exclamó;—es necesario estar listo.

Y comenzó á disponer la maniobra para el caso de peligro.

XII.

El combate y la tempestad.

Al escuchar el almirante de la armada la señal de que el enemigo viraba de bordo, y despues que ceñia á babor, comprendió que trataban los piratas de dar un ataque, y como apenas conocia las naves con que ellos podian contar y su número, determinó violentamente prepararse, y dió orden de formar una pronta línea de combate sobre la columna que marchaba á sotavento.

Esta operacion, segun la táctica de marina, es semejante á lo que los soldados llaman pronta maniobra.

La vanguardia de la escuadra se *pone en facha*, y el centro y la columna de barlovento arriban y se ponen tambien en facha hasta que llegue la de sotavento y quede establecida la línea; pero cada embarcacion, si la línea es pronta, procura tomar un lugar, sin atender á que otros queden atrás, y abriéndoles paso para la colocacion si llegaren á tiempo.

Pero esta maniobra solo se ejecuta en momentos supremos, y cuando el peligro es inminente y no da el tiempo preciso para establecer otro orden en la línea de combate.

El nombre que los piratas habian llegado á adquirir por sus hazañas fabulosas de valor y de arrojo, hacia á los almirantes tomar toda clase de precauciones con aquellos hombres, que se habian convertido ya en una verdadera potencia marítima.

El toque de zafarrancho seguia sonando, y los preparativos para el combate se hacian con la mayor precipitacion.

La tropa y los hombres de mar se habian dividido en grupos, y se habia dado á cada uno su colocacion.

Diez artilleros para los cañones de 36, nueve para los de 18, siete para los de 12.

El segundo piloto con dos hombres estaba listo en la «Santa-Bárbara.»

El primero, en el alcázar rodeado de pilotines y meritorios para atender al timon, banderas y faroles; los grumetes y los criados, unos esperando en grupos para retirar muertos y heridos, y otros encartuchando en el pañol de la pólvora y conduciendo municiones hasta la boca de la escotilla; los contra maestres en el castillo y en el alcázar con sus gentes.

Entretanto, los hombres destinados á dar ó á rechazar el abordaje, formaban tres trozos, recibiendo con un silencio sombrío y aterrador, los unos, fusiles, pistolas, sables, granadas de mano, frascos de fuego; los otros, chuzos, arpeos, ó chicotes de gancho y hachas.

Todo era movimiento, pero todo en silencio.

Se hacian parapetos, se zafaba, se destrincaba y se ponía en batalla la artillería, se municionaban las chilleras y se formaban depósitos de balas, palanquetas y metralla.

Todo estaba listo; el plan general del combate arreglado, y en cada punto, en el alcázar, en el castillo, en toldilla y baterías, fijadas tarjetas de pergamino que contenian la parte correspondiente á los que allí servian.

El comandante del «Santa María de la Victoria» pasaba su visita de ordenanza, y luego el capellan, en medio del mas religioso silencio, bendijo á aquellos hombres que iban á combatir, y les dió la absolucion.

Acto continuo, los comandantes de los puntos levantaron la voz intimando la pena de muerte al que se portase con cobardía, abandonase su puesto ó desobedeciese.

Cerróse la escotilla del pañol de pólvora, y todos quedaron como estatuas, silenciosos é inmóviles, esperando el momento del combate.

Antonio habia sido destinado al castillo con el segundo capitán.

Aunque Antonio era hombre de un valor á toda prueba, sin embargo, aquellos preparativos no podian menos de emocionarle.

Conocia el carácter de hierro y la indomable voluntad de los piratas, contemplaba el orden y la decision de los marineros españoles y veia sus elementos, y por todo podia inferir que un abordaje dado por cualquiera de los dos, debia ser una cosa terrible.

Con los ojos fijos en el horizonte y procurando penetrar con la vista entre las sombras que le envolvian, Brazo-de-acero esperaba el momento en que sonara el primer cañonazo, seguro de que ciego por el ardor del combate, arremeteria quizá contra los mismos soldados de Morgan, sus compañeros, si un rayo de reflexion y de prudencia no venia en su ayuda.

Los navíos de la armada española habian puesto por con-

traseña una cruz hecha con dos bota-varas, que llevaba en cada extremo un farol.

Así se distinguía la línea de combate como una constelación en medio de la noche.

Los cazadores no habían vuelto á dar señal ninguna.

Antonio seguía observando, y de repente vió brillar un relámpago, sonó un cañonazo á corta distancia, y un proyectil pasó entre la arboladura del «Santa María de la Victoria,» rompiendo la driza de la bandera y causando algunas averías.

Casi en el mismo instante el navío se estremeció, y llamas, y humo, y proyectiles, brotaron de uno de los costados.

Era que los marineros españoles contestaban al saludo de los piratas.

Aquello parecía el principio de un gran combate naval: los piratas contestaban el fuego de los españoles, y casi toda la línea había comenzado ya á hacer fuego.

El día iba asomando entre nubes de humo, y á cada momento la claridad de la mañana eclipsaba mas y mas el rojizo resplandor de las bocas de fuego.

La caída bandera del «Santa María de la Victoria» había vuelto á izarse entre el estampido de los cañonazos.

La luz del día animaba á los tímidos: no hay peligro que espante mas que aquel que se siente en lo desconocido; nada hay mas pavoroso que un combate en la oscuridad; nada hay mas triste que la idea de recibir la muerte entre las sombras; es como morir lejos de los amigos y de la familia, dejar la luz sin haberle dado un eterno adios.

Muchos que desafían la muerte cuando el sol está sobre el horizonte, tiemblan de encontrarla cuando la noche cubre la tierra con su manto: es el horror que siente el al-

ma á todo lo que no es luz, á todo lo que es desconocido; es la tendencia del espíritu á la verdad y á la claridad, aun cuando en ellas venga la muerte y el no ser; es que quiere ver, aunque vea que nada va á ver; es que hasta la muerte quiere recibir envuelta en la vida que es la luz.

Había amanecido, pero el día estaba siniestro; el mar estaba tranquilo como si se hubiera congelado de repente: ni una ráfaga de viento en la atmósfera, ni una nube en el firmamento; calma, calma repentina, mortal; nada se movía ni en el espacio ni en el firmamento.

El sol con su aparente movimiento avanzaba, lanzando en su luz torrentes de fuego.

Colgaban de los mástiles, lánguidos é inmóviles, los estandartes, las banderas y los gallardetes.

Las velas desfallecidas se embarraban entre la jarcia, dibujándose en ellas como las venas en la piel de un gigante, los cables y las drizas.

El humo de los cañones flotaba como una nube de algodón sujeta á los navíos sin desprenderse de ellos, y apenas en tardas y pesadas espirales se disipaba de una manera casi insensible.

Las dos armadas enemigas habían quedado á tiro de cañón y como clavadas en el Océano.

Aquello podía llamarse encallar en las olas; no eran los navíos los que habían ido á dar sobre un banco de arena; era el mar que los había aprisionado, como el amigo que muere estrechando la mano de un amigo; la muerte enfriaba aquella mano, la da su rigidez, y aquella mano ya no se abre, y la otra queda aprisionada.

Pero las dos armadas comprendieron que existía para ellas un peligro mayor que el de un combate con los hom-

bres, la lucha con los elementos, porque aquellos eran presagios de una tempestad.

Tras de la tempestad viene la calma, dicen los poetas; pero los marinos dejan decir á los poetas lo que quieran, y saben que la calma es anuncio de la tormenta.

La naturaleza se reconcentra para entrar en esa que para nosotros, débiles y pequeños, es una lucha; llama á sus vientos, y á sus aguas, y á su electricidad, como el general que reconcentra sus fuerzas para emprender el asalto: así se comprende esa calma.

El azul del cielo era oscuro y profundo, el mar estaba verde y trasparente, los horizontes se desvanecian en una ligera tinta naranjada.

Todas las miradas sondeaban el espacio; el fuego de los cañones seguia como maquinalmente.

En aquellos momentos, como por una comun inspiracion, como siguiendo las órdenes de un solo almirante, piratas y españoles comenzaron la maniobra mas activa.

Velas, juanetes, rizos, todo bajaba, todo se arriaba; parecia que el lienzo mas pequeño entre la arboladura era una amenaza de muerte; parecia que las dos escuadras habian recibido orden para correr un temporal á palo seco.

Los últimos girones de lienzo se recogian en los navíos, cuando una ráfaga de viento fresco y ligero cruzó como arrastrándose sobre la superficie de la mar.

Como una golondrina que vuela sobre un lago tocando el espejo de las aguas.

Aquello era un explorador, un heraldo de la tormenta.

Las aguas saludaron su venida, y el mar pareció hervir, y millones de olas pequeñísimas y coronadas de espuma blanca y ligera saltaron por todas partes, produciendo, más

que un rugido, un murmullo, que fué propagándose á lo lejos, hasta formar un terrible y sordo rumor.

El horizonte comenzó, por decirlo así, á condensarse: no era una tempestad que avanzaba; era la tormenta que se formaba allí, allí mismo.

Estamos acostumbrados á ver que las tempestades vienen; ¿pero dónde se forman? ¿cómo?

Terribles creaciones, á cuyos misterios solo asisten los hombres que viven en las montañas, ó los que pasan su existencia en el Océano.

El viento se adivinaba, se veia, se sentia llegar, porque habia en la naturaleza un estremecimiento de pavor.

¿Y qué se estremecia?

No el mar tranquilo, no los buques, no los hombres.

¿Pues qué?

Ese algo desconocido que se comprende y no se explica; ese espíritu universal, eso que se llama naturaleza, eso que nadie sabe lo que es, pero que todo el mundo concibe sin poderlo explicar, sin poder siquiera designarlo con un nombre.

Por fin llegó el viento, y las jarcias lanzaron un gemido al sentirlo pasar, y todas las cuerdas se quejaban, silbaban, ahullaban en diversos tonos, pero de una manera tan pavorosa, como si lloraran, como si sintieran, como si anunciaran el peligro y la muerte; era un concierto triste.

Donde quiera que habia una cuerda ó una hendedura entre las tablas, de allí salia un gemido.

¿Quién no ha oido gemir al viento?

Y ¿quién ha oido en su vida otra cosa mas triste y que mas comprima el corazon, que estos gemidos, que se prolongan como el grito supremo de agonía de un sér débil y desgraciado?

La lucha con los elementos iba á comenzar, y el combate entre los hombres habia cesado.

El sol palideció y se eclipsó, velado por un vapor amarillento, y luego aquel vapor, condensándose, tornóse en nubes, pero sombrías, pesadas, con formas caprichosas, con colores diversos, con perfiles mas ó menos luminosos, que las hacian aparecer separadas unas de otras como un rebaño de ovejas gigantes y cubiertas de cieno.

Allí, en aquel cielo, habia todos los matices que entristecen, desde el color sepia hasta el color del torbellino, que nadie define ni imita.

Se adivinaba en aquellas nubes encerrado un diluvio de agua, y el rayo con sus giros caprichosos, y todo próximo á desprenderse sobre el Océano, que levantaba sus gigantes olas desafiando ó enamorando á la tempestad.

Aquella masa inmensa y pesada de nubes, que casi no podia ni flotar en la atmósfera, comenzaba ya á arrastrarse sobre las olas; la tempestad no se desprendia de las alturas, bajaba al mar compacta y aterradora, y para moverla era preciso el soplo gigantesco del huracan, que movia y jugaba con los poderosos navíos de guerra como hubiera podido hacerlo con la hoja de un árbol.

Las dos escuadras estaban en medio de la tormenta, la oscuridad era completa, densas columnas de vapor atravesaban entre las jarcias y los palos, impulsadas violentamente por el huracan; todo estaba mojado, y sin embargo, no pasaba eso que se llama llover, pero las naves sufrían una inmersión en las nubes.

Relámpagos ardientes y continuados brillaban por todas partes; pero no se sabia si el rayo subia ó bajaba, ni se sabia mas sino que habia una tempestad, y retumbaban las

descargas de la electricidad como si dos mundos se estuvieran batiendo con una artillería fabulosa.

El mar tomaba su parte en aquel desorden de la naturaleza. Olas inmensas se levantaban y corrian, y se chocaban y azotaban los costados de los navíos, y pasaban sobre los puentes, y hacían gemir los aparejos y estremecer á las tripulaciones.

Casi se habia perdido la esperanza.

Todos los agujeros que daban al mar se habian tapado; el timon y las velas eran cosas inútiles; la maniobra hubiera sido una fatuidad, y abandonados casi al destino, los navíos, sin mas defensa que su propia ligereza, saltaban entre las olas, ora cubiertos de agua y de espuma, ora como el fantástico remate de una ola inmensa, llevando á sus oficiales, y á sus marinos y á sus soldados, como una porción de hormigas que sorprendidas por una corriente se aferran al trozo de una caña seca que flota en el rio.

Los buques españoles y los de los piratas, sin orden ni concierto, sin precaucion, pasaban unos entre los otros sin conocerse, sin verse algunas veces, y casi rozándose.

Dios habia mandado allí la paz con el peligro.

El *Ilustre Cántabro* zozobraba, zozobraba. Habían picado ya los palos, y el viejo casco amenazaba, de un momento á otro, con abrirse y depositar para siempre su carga en el seno del Océano.

El capitán ya no juraba.

Pedro Juan habia llegado al embrutecimiento.

La señora Magdalena y Julia procuraban rezar.